

En cuanto á los escritos de los incrédulos que profesaban el deísmo y querian demostrar que el *mahometismo* tiene las mismas pruebas que el cristianismo, que los defensores de una y otra religion racionan del mismo modo, son producciones sobrado viles para que merezcan ser citadas. Además del mal tono que reina en ellas, resalta tambien por todas partes su mala fe, suponiendo :

1º Que las únicas pruebas ó motivos de credibilidad del cristianismo son las profecias y milagros de Jesucristo y de los apóstoles. Hemos demostrado lo contrario en el artículo CRISTIANISMO; hemos expuesto en compendio las demás pruebas, y hay muchas de estas que están al alcance de los cristianos menos instruidos.

2º Suponen los mismos escritores que un simple particular no puede tener otra prueba de los milagros de Jesucristo y de los apóstoles que la tradicion que existe entre los cristianos, y la presuncion que tienen de la buena fe de los testigos que los refrieron; que por lo tanto se hallan en el mismo caso que un musulman con respecto á los pretendidos milagros de Mahoma. La diferencia con todo es palpable. Los de Mahoma son absurdos é indignos de Dios; basta un poco de sentido comun para comprenderlo; no sucede lo mismo con los de Jesucristo y de los apóstoles. Estos están de tal modo incorporados al cristianismo, que no puede este subsistir sin ellos, al paso que el *mahometismo* es absolutamente independiente de los milagros de Mahoma, puesto que los doctores musulmanes no fundan en ellos la verdad de su religion, y no podrian hacerlo sin contradecir el Alcoran. Los milagros de Jesucristo y de los apóstoles son confesados por los enemigos del cristianismo, sin exceptuar al mismo Mahoma; y los de este no solo no los confiesan los sectarios de las demás religiones, sino que los mahometanos mas sensatos los niegan tambien.

Una tercera suposicion de los deístas es que una prueba para ser sólida, debe estar igualmente al alcance de los sabios que de los ignorantes, de aquellos que han recibido una buena ó una mala educacion. Es un absurdo. Es evidente que un ignorante no puede tener tantas pruebas de la existencia de Dios y de la religion natural como un filósofo, y aun varios incrédulos han sostenido que un salvaje es incapaz de tener una sola. No pensamos del mismo modo; pero si un niño hubiera sido educado desde la cuna en los principios del ateísmo, é instruido en todos los sofismas de los ateos, ¿podríamos asegurar que las

pruebas de la existencia de Dios y de la religion natural harian mucha impresion en él? Los deístas no han advertido que lo que pretenden recae tan directamente sobre la religion natural como sobre la revelada.

En cuarto lugar, suponen que la conviccion que tenemos de la santidad de nuestra religion y de los saludables efectos que obra, pudiera muy bien ser solo un entusiasmo y un efecto de la educacion, del mismo modo que la creencia que ha concebido un turco en la suya. Pero si el sentimiento interior, el sentido comun, el testimonio de la conciencia no prueban nada, ¿qué medio resta á los hombres para distinguir la verdad del error? Hé aquí el pirronismo establecido. ¿Qué responderá un deísta á los ateos, cuando le sostengan que su confianza en las pruebas de la existencia de Dios y de la religion natural es un simple entusiasmo y un efecto de la educacion?

Cuando hay escritores tan ciegos que no adviertan estas consecuencias, no merecen ser refutados. Las reflexiones que hemos hecho no son menos sólidas contra los ateos que contra los deístas. Véase RELIGION REVELADA.

Aun cuando nuestros modernos incrédulos no tuvieran otra torpeza que echarse en cara, que la de haber hecho la apologia del *mahometismo*, y de haber osado compararle con el catolicismo, seria esto bastante para que los cubriese de oprobio todo hombre sensato é instruido.

#### Maitines. V. HORAS CANÓNICAS.

**Mal.** Hemos tenido y aun tendremos mas de una ocasion de ver que la cuestion sobre el origen del mal ha sido en todos tiempos el escollo de la razon humana. ¿Cómo un Dios creador, omnipotente, soberanamente bueno, ha podido producir *mal* en el mundo? Tal es la dificultad que debemos resolver.

Ninguna ha dado lugar á mayor número de errores que esta, pues ha contribuido mucho á hacer imaginar varios dioses ó genios artifices y reguladores del mundo, de los cuales unos eran buenos y otros malos, y habian puesto cada uno su parte en la construccion del universo. Al formarse esta filosofia entre los orientales, los razonadores redujeron estos dioses ó genios á dos, de los cuales el uno habia hecho el bien, y el otro el *mal*. Entre los griegos, los filósofos fueron de diversos pareceres. Los estóicos atribuyeron el mal á la fatalidad, á la necesidad de todo, á la imperfeccion esencial de una materia eterna; Dios, á quien consideraban como el alma del mundo, no podia, segun ellos, remediarlo. Platon y sus discipulos

echaban la culpa á la poca destreza é impotencia de los dioses inferiores que habian hecho y gobernaban el mundo, lo cual no disculpaba al Dios soberano de haberse servido de artistas incapaces de hacer una cosa mejor. Los epicúreos atribuyeron todo al acaso, y sostuvieron que los dioses entregados al sueño y á un descanso perfecto no se metian en las cosas de acá abájo.

De estas diversas opiniones se originaron mas adelante las diferentes herejias que afligieron la Iglesia. La dificultad de la cuestion parecia aumentarse, desde que la revelacion habia hecho conocer el *mal* acaecido en el mundo por la caída del primer hombre. ¿Cómo persuadirse que Dios, que habia dejado caer la naturaleza humana, hubiese tenido tanto afecto hácia ella para encarnar, padecer y morir, á fin de rescatarla y salvarla? Casi todos atacaron la realidad de la encarnacion: los valentinianos renovaron el politeísmo de Platon, multiplicaron á discrecion los *eonos* ó genios gobernadores del mundo. Los marcionitas, y despues los maniqueos, los redujeron á dos principios, uno bueno y autor del bien, otro malo por naturaleza y autor del *mal*. Hubo varios que renovaron la fatalidad de los estóicos, y creyeron como ellos en la materia eterna. Pelagio, por no caer en los excesos de los maniqueos, sostuvo que los males de este mundo son la condicion natural del hombre, y no la pena del pecado original. Para responder á los maniqueos que le oponian la multitud de crímenes de que está lleno el mundo, pretendió que solo al hombre pertenecia evitarlos todos, y hacer constantemente el bien sin tener necesidad de ningun auxilio sobrenatural. Los predestinacionistas y sus sucesores creyeron cortar la dificultad, atribuyéndolo todo al poder arbitrario de Dios, sin procurar conciliarlo con su bondad.

De este caos de errores han brotado en estos últimos tiempos los diversos sistemas de incredulidad; y en el fondo, no son mas que las antiguas opiniones traídas de nuevo á la escena. Se han renovado en la presente época todas las objeciones de los epicúreos y de los maniqueos contra la Providencia divina, sea en el orden de la naturaleza, sea en el de la gracia; Bayle se aplicó á hacerlas valer. Los socinianos rebelados contra las blasfemias de los predestinacionistas se han hecho pelagianos. Los deístas han argumentado principalmente sobre la escasez con que ha distribuido Dios los dones de la gracia y las luces de la revelacion, sin advertir que hacian causa comun con los ateos, que se que-

jan de que Dios no ha prodigado suficientemente á los hombres los beneficios de la naturaleza. Los indiferentes, mas numerosos que todos, incapaces de desenredar este caos, han deducido que solo el gusto y no la razon es el que decide entre el deísmo y el ateísmo, entre la religion y la incredulidad.

¿Es realmente insoluble la cuestion sobre el origen del mal, tan terrible en apariencia? No lo es cuando se procuran aclarar las palabras, dándoles una idea clara y exacta, cosa que no han hecho los filósofos nunca: esperamos demostrarlo; pero antes debemos examinar, de qué modo ha sido resuelta la dificultad por los antiguos justos, que han sido los primeros filósofos y los primeros teólogos.

Si hemos de hablar con propiedad, esta cuestion constituye todo el asunto del libro de Job; y segun confiesan los sabios, este libro cuenta cerca de cuatro mil años de antigüedad. El error de los amigos de Job era el de creer que un Dios justo y bueno no puede afligir á los hombres, á no ser que lo merezcan por sus crímenes. Job refuta esta falsa preocupacion; es un justo que, padeciendo, hace la apologia de la Providencia.

1º El santo Patriarca hace hablar al mismo Dios, para enseñar á los hombres que su conducta y sus designios son impenetrables, y que á nadie debe dar cuenta de ellos. Les pregunta quién le sirvió de consejero y guia en el modo con que arregló la obra de la creacion, ix, 38; x, xii, xxvi, xxxiii, etc. De aquí sacamos dos consecuencias: la primera, que las mismas razones que justifican á Dios sobre el grado de bien y de mal, de perfeccion ó imperfeccion que ha dado á las criaturas, le justifican tambien sobre la cantidad de bienes y de males, de dicha y de padecimientos que les distribuye; la segunda, que las nociones que sacamos de la conducta y de la bondad de los hombres no son aplicables á la bondad y conducta de Dios. Probaremos la verdad de ambas reflexiones.

2º Job sienta como principio que el hombre está manchado con el pecado desde su nacimiento. « ¿Quién puede, dice, hacer al hombre puro, formado de sangre impura, sino Dios solo? » Que el hombre nunca está exento de pecado á los ojos de Dios, ix, 2; xiv, 4. Las aflicciones que experimenta pueden siempre ser un castigo, y servir para la expiacion de sus culpas.

3º Sostiene que Dios recompensa comunmente en este mundo al justo afligido, y castiga al impío insolente en la prosperidad :

esta verdad está confirmada por los beneficios de que se ve colmado el mismo Job al fin de sus días. C. 21, 24, 27, 42.

4º Cuenta con una recompensa despues de la muerte. «Aun cuando Dios me quitase la vida, aun esperaria en él.... Sé que mi Redentor está vivo; que en el último dia me levantaré de la tierra, y veré á mi Dios en mi carne.... Las palancas de mi ataud llevarán mi esperanza, que descansará conmigo en el polvo del sepulcro.... Conceded, Señor, al hombre condenado á morir algunos momentos de descanso, hasta aquel en que espera, como el mercenario, el salario de su trabajo.» C. 13, 14, 17, 19, etc.

De estas tres últimas verdades se deduce que no hay *mal* puro, *mal* absoluto en el mundo, puesto que de él ha de resultar un gran bien, á saber, la expiacion del pecado y una felicidad eterna.

David, despues de haber confesado que la prosperidad de los malos es un misterio y una tentacion continua para las personas de bien, se consolaba á sí mismo reflexionando sobre el fin postrero de los malos. Ps. LXXII, 17. Salomon, en el Eclesiastés, despues de haber alegado este escándalo, concluye que Dios juzgará al justo y al impuro. Eccles., iv, viii, ix.

Pero estas respuestas no satisfacen á los filósofos; á nosotros toca probar que son sólidas, y resuelven completamente la dificultad.

En primer lugar, se distinguen tres especies de *males*: el *mal* que puede llamarse *metafisico*, y consiste en las imperfecciones de las criaturas; el *mal fisico*, que consiste en el dolor y en todo lo que aflige á los seres sensibles, y los hace infelices; el *mal moral*, que es el pecado y las penas que lleva consigo. Si las imperfecciones de las criaturas y sus pecados no las hiciesen padecer, un filósofo no las consideraria como *males*. El *mal fisico* ó el dolor es el motivo principal de quejas; porque sin duda Dios hubiera hecho á las criaturas mas perfectas, habiéndolas querido hacer mas felices. Un autor inglés ha hecho ver que las dos últimas especies de *males* se derivan de la primera, y que todo viene á reducirse á la imperfeccion de las criaturas. *Escritos publicados para la fund. de Boyle*, t. 3, p. 203, etc.

En segundo lugar, hay quien se obstina en tomar el *bien* y el *mal* en sentido absoluto, en vez de considerarlos como términos puramente relativos y verdaderos solo por comparacion. El *bien* parece un *mal* cuando se compara con lo *mejor*, porque entonces con-

tiene una privacion; y parece *mejor* cuando se compara con lo *peor*. Asi es que cuando se dice que hay en el mundo *mal*, quiere significarse tan solo que no hay tanto *bien* como pudiera haber. Cuando se pregunta por qué hay *mal*, es como si preguntásemos por qué Dios no ha establecido un grado mayor de *bien*, y presentando asi la cuestion, quedan destruidas la mitad de las objeciones.

En tercer lugar, se compara la bondad de Dios unida con un poder infinito, con la bondad del hombre cuyo poder es muy limitado; y esta comparacion es falsa. A un hombre no se le considera como *bueno* si no hace todo el bien que puede; seria un absurdo, por el contrario, que Dios hiciera *todo el bien que puede*, pues le es posible hacerlo hasta lo infinito. El infinito actual es una contradiccion, porque un poder infinito nunca puede agotarse. Los diferentes grados de bien que Dios puede hacer, forman una cadena infinita. ¿Quién fijará el grado que debe alcanzar la bondad divina? V. BUENO, BONDAD.

Es muy extraño que ambos sofismas mutuamente enlazados hayan hecho desvariar á los filósofos desde Job hasta nuestros días. Los PP. de la Iglesia han discurrido mejor. Tertuliano, en sus libros *contra Marcion y contra Hermógenes*; S. Agustín, en sus escritos *contra los maniqueos*; Teodoreto, en su *Tratado de la Providencia*, han comprendido muy bien el punto de la cuestion, no dejándose llevar de un doble equívoco. Han sentado como principio que el *mal* no es mas que la privacion de un bien mayor, y que razonando siempre sobre lo mejor, jamás encontraremos el punto en que debemos fijarnos. Hagamos, pues, aplicacion de este principio á las tres especies de *males* de que se acusa á la Providencia.

Todo ser creado es necesariamente limitado, y por consiguiente imperfecto; el *mal metafisico* es por lo tanto inseparable de las obras del Criador. Por perfecta que sea una criatura, Dios puede aumentar sus perfecciones hasta lo infinito, de modo que siempre experimentará alguna privacion. Por el contrario, por imperfecta que la supongamos, desde el momento que existe ha recibido algun grado de perfeccion, alguna cualidad, cuya posesion es buena para ella. No hay una, pues, cuya existencia pueda considerarse como absolutamente mala, como un *mal* puro y positivo; ninguna es imperfecta sino comparándola con otro ser mas perfecto; la perfeccion absoluta solo existe en Dios. Si una criatura, sea cual fuere, se queja porque existen otras á quienes Dios ha hecho mas

bien, tambien debe regocijarse y darle gracias, porque hay otras á quienes ha hecho menos. ¿Dónde está, pues, el fundamento de las quejas y murmuraciones? Refiriéndonos solo á nosotros, se conviene en que cada hombre está satisfecho de sí mismo; no es fácil, por lo tanto, concebir cómo puede estar descontento de Dios. Pretender que un Dios bueno no ha podido dar el ser á criaturas imperfectas, es lo mismo que sostener que por ser bueno no ha podido crear nada. Lo perfecto absoluto es lo infinito.

Es indudable que Dios hubiera podido crear á la especie humana mas perfecta que lo es, puesto que entre los individuos los hay mas imperfectos unos que otros; pero si la especie entera no tiene motivos para quejarse de los dones que ha recibido, ¿cómo puede estar descontento cada individuo de la parte que le ha cabido?

Asi es que Bayle se ha visto precisado á prescindir del *mal metafisico*, conviniendo en que nada habria que objetar contra la bondad de Dios, si la imperfeccion de las criaturas no las hiciere descontentas y desgraciadas.

Pero si lo que llamamos *desgracia* ó *padeamiento* es una consecuencia inevitable de la imperfeccion de la especie, ¿cómo puede lo uno fundar un descontento con mas justicia que lo otro?

Pasemos, pues, á la nocion del *mal fisico* ó de la *desgracia*. ¿Negaréis, me dirán, que un instante de dolor, aun el mas leve, sea un *mal* real, positivo y absoluto? Sí, lo niego, porque es un absurdo separar este instante del resto de la existencia habitual que es un *bien*; este instante, considerado en la totalidad de la vida, no es mas que la privacion de un bienestar continuo, ó de una felicidad habitual mas perfecta. Un instante de dolor leve es preferible indudablemente á un dolor mas fuerte y prolongado; si se me dice que de aquí se sigue tan solo que el uno es un *mal* menor que el otro, tambien concluiré yo que un bienestar continuo, interrumpido por un momento de dolor, es un *bien* menor que si fuese constante, pero que no es un *mal* absoluto ni una *desgracia* absoluta. En una cuestion tan grave, es muy ridiculo argumentar sobre palabras.

Un escritor muy juicioso acaba de sostener con razon que no hay un mal que no sea un bien bajo muchos aspectos; no hay uno, pues, que sea un *mal* puro y absoluto. *Estudios de la naturaleza*, t. 1, p. 603.

Otro ha hecho ver muy bien que las necesidades del hombre son el principio de sus conocimientos, de sus placeres, el funda-

mento de la vida social y de la civilizacion: no hay deleite, ha dicho, sin deseo, y no hay deseo sin necesidad. El pueblo mas estúpido de todos seria aquel cuyas necesidades fuesen satisfechas sin trabajar. Orígenes hacia ya estas observaciones, *contra Celso*, l. 4, n. 76, y las confirmaba con un pasaje del *Eclesiástico*, xxxix, 21 y 26.

¿Habrá quién sostenga que un hombre, despues de haber vivido ochenta años sin experimentar en toda su vida mas que un instante de dolor lijero, ha sido *desgraciado* y tiene derecho de quejarse, y que ese solo instante forma una objecion invencible contra la bondad infinita de Dios? Bayle se atrevió á sentar esta paradoja, y todo incrédulo debe adoptarla. ¿Quién de nosotros, en semejante caso, no se creeria *muy feliz*, y obligado á bendecir á la Providencia? Entre la *felicidad* perfecta y absoluta que es el estado de los santos en el cielo, y la *desgracia* absoluta que es el suplicio de los condenados, hay una escala inmensa de estados habituales que no constituyen la *felicidad* y la *desdicha* sino por comparacion, y no hay uno solo de estos grados en que Dios no haya colocado una criatura sensible, sin contradecir su bondad infinita. V. FELICIDAD.

Bayle y los que le han copiado dicen que un Dios infinitamente bueno debia por sí propio hacer felices á sus criaturas; ¿hasta qué punto? Toda criatura será *feliz* si se compara su estado con otro mas infortunado, y será *desgraciada* cuando la comparemos con un estado mejor. Nunca se probará que el estado habitual de las criaturas, compuesto de bienes y de males, de placeres y de padecimientos mas ó menos, sea una *desgracia absoluta*, un estado peor que la nada, y en el cual un Dios bueno no ha podido colocar á sus criaturas. S. Agustín sostuvo lo contrario contra los maniqueos, y nada puede oponérsele con solidez. Discurriendo sobre el principio opuesto, un incrédulo se ha visto reducido á decir que un *orador que padece anonada á la Providencia*.

Aquí, como ya lo hemos observado, la revelacion viene á auxiliar á la razon y justificar á la Providencia, haciéndonos considerar los males de este mundo como un medio de merecer y conseguir la felidad eterna: estos *males* no son, pues, mas que un instante comparados con la eternidad. Consuelo que no tenian los antiguos filósofos, que los herejes han olvidado, y que los incrédulos no quieren recibir; por consiguiente es culpa suya y no de Dios, si para ellos es una *desgracia* vivir. Es indudable que la bienaven-

turanza, que nos fuera asegurada sin padecimientos precedentes ni méritos, sería mayor beneficio que la que debemos comprar por medio de la virtud y de los padecimientos; pero deduciremos que Dios no es bueno, porque no nos hace felices del modo que nosotros quisiéramos serlo?

No se trata de saber si estamos contentos ó no con nuestra suerte, sino si tenemos un motivo justo para quejarnos; el descontento injusto es un rasgo de ingratitud y un crimen mas. Job en sus miserias bendecía á Dios; Alejandro, dueño del mundo, no estaba satisfecho. S. Pablo se regocijaba en los padecimientos, y un epicúreo blasfema contra la Divinidad por no poder saborear bastantes placeres. ¿Tomaremos por jueces de la bondad divina á los insensatos voluptuosos mas bien que á las almas virtuosas? Esta es la ocasion de decir que el gusto es el que decide y no la razon; pero un filósofo debe tomar la razon por guía antes que un gusto depravado.

El *mal moral* presenta al parecer mayor dificultad. ¿Cómo un Dios bueno ha podido dar al hombre la libertad de pecar y hacerse desgraciado? No podia hacerle un don mas funesto, sabiendo sobre todo que el hombre habia de abusar de él.

Pero no es cierto que la libertad de pecar sea tan solo el poder de pecar y de hacerse desgraciado; es tambien el poder de hacer el bien y de asegurarse una felicidad eterna: tan esencial para constituir el libre albedrio es uno de estos poderes como el otro. Una naturaleza incapaz de pecar, una voluntad invenciblemente determinada al bien, sería sin duda *mejor* que una libertad como la nuestra; mas de aquí no se sigue que sea esta un mal, un don pernicioso y funesto por sí mismo. Entre lo *mejor* y el *mal* hay un medio, que es el *bien*; tal es tambien la respuesta de S. Agustin. Dedúcese solamente de esto que el libre albedrio es una facultad imperfecta. Dios ayuda á la voluntad del hombre por medio de gracias mas ó menos poderosas y abundantes, que son otros tantos beneficios cuya naturaleza no varia por el abuso que el hombre haga de ellas; no debe confundirse el don con el abuso; este es libre y voluntario, proviene del hombre y no de Dios.

Bayle y los demás incrédulos no han podido oscurecer estas nociones sino por medio de sofismas. Dicen, 1º que es propio de un enemigo conceder un beneficio en ocasion en que prevé que se ha de abusar de él; que un padre, un amigo, un médico, etc. se guardan

bien de poner en manos de un niño ó de un enfermo armas cuyo uso crean le ha de ser perjudicial.

Pero hemos hecho ver de antemano que todas estas comparaciones eran defectuosas. No juzgamos que los hombres nos estiman ni son buenos para con nosotros, sino cuando nos hacen todo el bien posible y toman todas las precauciones que de ellos dependen para preservarnos del *mal*. No sucede lo mismo con respecto á Dios, cuyo poder es infinito y que debe gobernar á los hombres del modo que conviene á seres libres, capaces de merecer y desmerecer, de corresponder á la gracia ó resistirla. Hemos observado ya que querer que Dios haga *todo lo que puede* es exigirsélo hasta lo infinito.

2º Nuestros adversarios establecen con respecto á la gracia el mismo sofisma que respecto á la libertad: dicen que una gracia dada en ocasion en que Dios prevé que el hombre resistirá á ella, es un don emponzoñado mas bien que un beneficio, puesto que no sirve mas que para hacer al hombre mas culpable.

Este racionio es absolutamente falso; la presciencia de Dios nada cambia en la naturaleza de la gracia: ahora bien, esta comunica al hombre toda la fuerza que necesita para hacer el bien; está destinada, pues, á hacer al hombre virtuoso y no culpable. El abuso que de ella hace el hombre proviene de sí mismo y no de la gracia, puesto que resiste á ella. Cuando Dios dice á los judíos: « Me habeis hecho servir para vuestras iniquidades, » *Isaias*, XLIII, v. 24, es evidente que *servir* no significa ayudar, ni contribuir, ni inclinar al mal; esto significa solamente, os habeis servido de mis beneficios para hacer el mal.

Una gracia eficaz, una gracia concedida al hombre en el momento en que Dios prevé que corresponderá á ella, es sin duda un beneficio mayor que una gracia ineficaz; pero no es cierto que esta sea un don pernicioso y funesto por sí mismo, puesto que del hombre depende seguir su movimiento.

3º Dicen que hablando de Dios, permitir el pecado y querer positivamente el pecado es lo mismo, puesto que nada sucede sin expresa voluntad de Dios; pretenden probarlo con la opinion de los teólogos que admiten decretos predeterminantes para todas las acciones de los hombres.

Nosotros sostenemos, al contrario, que *permitir* el pecado significa tan solo no impedirlo, y que no es cierto que Dios quiera nunca positivamente el pecado. Véase PERMISSION. En

cuanto á los decretos predeterminantes, es una opinion que no tenemos obligacion de admitir. Véase PREDETERMINACION. Es injusto fundar objeciones contra la Providencia sobre el sistema arbitrario de algunos teólogos.

4º Si Dios, dicen los incrédulos, quisiera sinceramente impedir el *mal moral*, daría siempre gracias eficaces que precaverian el pecado sin destruir la libertad del hombre.

Estos razonadores no advierten que con una sucesion de gracias siempre eficaces, el hombre se veria determinado de una manera tan uniforme como lo puede ser por una necesidad física, ó un instinto invencible. Sería por consiguiente gobernado como si no fuera libre, lo cual es un absurdo. Tambien lo es el suponer que Dios, en virtud de su bondad, debe conceder gracias mas poderosas y eficaces, á proporcion que el hombre es mas malvado ó se halla mas dispuesto á resistirlas.

Todas estas objeciones no nos parecen bastante temibles para deducir de ellas que las dificultades sacadas de la resistencia del *mal moral* son insolubles.

Para desembarazarse de ella, los socinianos han negado á Dios la presciencia, diciendo que si Dios hubiese previsto el pecado de Adán, lo hubiera precavido ó impedido. Pero Bayle y otros les han hecho ver que esta falsa suposicion no los saca de la dificultad. En efecto, aun cuando Dios no hubiera previsto el porvenir, conoce por lo menos el presente; en el momento en que Eva era tentada por la serpiente, veia la debilidad con que le prestaba oido, y el momento en que se dejó vencer; Dios era testigo de la invitacion que hizo á su esposo, de la facilidad con que este recibió de su mano el fruto prohibido: segun la suposicion de los socinianos, Dios debió presentarse, intimidar á aquellos débiles esposos, y cortar los efectos de la tentacion.

Para que las dificultades queden completamente resueltas, Bayle exige que se concilien juntas cierto número de verdades teológicas, con algunas máximas de filosofía que á ellas se oponen.

Las primeras son: 1º que Dios infinitamente perfecto no puede perder nada de su gloria ni de su beatitud; 2º que ha creado por consiguiente el universo muy libremente y sin tener necesidad de ello; 3º que ha concedido á nuestros primeros padres el libre albedrio, y los ha amenazado con la muerte si le desobedecian; 4º que en castigo de su desobediencia los condenó, á ellos y á su posteridad, á la condenacion, á las penalidades de esta vida, á la concupiscencia y á la muerte;

5º que solo libertó de esta prescripcion á un corto número de hombres predeterminándolos á una felicidad eterna; 6º que prevé todos los pecados y puede impedirlos, como mejor le parezca; 7º que á veces concede gracias á las cuales prevé que resistirá el hombre, y no concede aquellas en las cuales segun la prevision consentiria el hombre.

Las máximas filosóficas son: 1º que la bondad sola ha podido determinar á Dios á crear al hombre; 2º que esta bondad no sería infinita si pudiera concebirse otra mayor; 3º que por esta misma bondad ha querido que todas las criaturas inteligentes hicieran consistir su felicidad en amarle y servirle; 4º que no puede permitir por lo tanto que sus beneficios redunden en desgracia de aquellas; 5º que un ser maléfico es el único capaz de conceder dones, por medio de los cuales prevenga que el hombre se perderá; 6º que permitir el *mal* que puede impedirse, es mostrar indiferencia para que se cometa ó no, y aun desear que se cometa; 7º que cuando todo un pueblo es culpable de rebelion, no es usar de clemencia perdonar solo á la cien milésima parte y hacer morir á los demás, sin exceptuar siquiera á los niños. Bayle se esfuerza en probar estas tres últimas máximas con los ejemplos de un bienhechor, de un rey, de un ministro de estado, de un padre, de una madre, de un médico, etc. *Resp. á las cuest. de un prov., 1ª part., c. 144; Obr., t. 3, p. 796.*

Aunque varias de las verdades teológicas supuestas por Bayle exigen explicaciones, sobre todo la 5ª concerniente á la predeterminacion, no tocaremos á ellas; pero sostenemos que la mayor parte de sus máximas filosóficas son capciosas y falsas.

Cuéntase entre ellas la 2ª; la bondad de Dios es infinita en sí misma, pero no puede serlo en sus efectos, porque el infinito actual, fuera de Dios, es una contradiccion. No podemos juzgar de la bondad del hombre sino por sus efectos, pero la bondad infinita de Dios se demuestra por la nocion de ser necesario, existente por sí mismo. V. INFINITO. La 4ª es falsa tambien; un hombre, si es bueno, debe hacer *todo lo que pueda* para impedir que un beneficio redunde en desgracia de alguno, aunque sea por culpa del que lo recibe; por el contrario, es absurdo que Dios haga *todo lo que pueda*, puesto que puede hasta el infinito; otro absurdo es tambien querer que redoble sus gracias, á medida que el hombre esté mas dispuesto á resistirlas. La 5ª, que compara á Dios con un ser maléfico, peca en lo mismo, así como la